

George A. O. Alleyne
Director, OPS
25 de agosto de 1999

LAS UNIVERSIDADES PARA UN MUNDO MÁS SANO **
(Lima, Perú)

Señor Rector, señor Vicerrector, señor Rector Emérito, señores decanos, distinguidos profesores, señoras y señores.

Quiero comenzar por agradecer a ustedes y a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos la gran distinción que me han conferido. Siempre he albergado un gran respeto y amor por el ambiente académico, y las ceremonias que son parte esencial de la tradición de la comunidad académica siempre han ejercido un profundo efecto en mí.

En ninguna otra parte del mundo he visto nunca un ambiente académico más hermoso y agradable que éste, donde perduran la memoria y el espíritu de aquellos sanmarquinos que nos han precedido y que han establecido los fundamentos esenciales de nuestra ciencia. Hoy estoy doblemente conmovido. Por un lado, sé que cuando una universidad recibe a un extraño en su seno y le concede un honor, se trata de una ocasión especial, pues las universidades protegen celosamente sus normas y a sus comunidades. Por otro lado, y esto es aun más importante, me doy perfecta cuenta de que he sido honrado por la institución académica más antigua de su tipo en el continente americano. Su fundación en 1551 señaló el comienzo de una larga tradición universitaria en este continente que todos esperamos que prosiga y prospere en el próximo milenio y más allá.

Provengo del Caribe de habla inglesa, y en nuestra tradición cultural siempre hemos reconocido las diferencias entre nuestros orígenes y los de los hispanoamericanos. Los españoles que llegaron a estas tierras vinieron con la clara intención de quedarse y, por consiguiente, estimaron conveniente establecer desde época muy temprana las instituciones que consideraban fundamentales para su vida. La universidad era una de esas instituciones. En la parte del mundo de la cual provengo, el asentamiento inicial de los europeos fue quizás más transitorio y, por lo tanto, la universidad tardó en llegar: mi propia *alma mater*, la Universidad de las Indias Occidentales, tiene tan solo 51 años de haber sido fundada.

Pero sean recientes o antiguas, las universidades comparten ideales semejantes de su patrimonio académico. Como solía decir un ex vicerrector de mi universidad, todos somos miembros de ese dilatado linaje de profesores que se remonta a la antigüedad y transmitir la

* **Organización Panamericana de la Salud, Oficina Sanitaria Panamericana, Oficina Regional para las Américas de la Organización Mundial de la Salud.**

** **Presentado en ocasión del otorgamiento del Título de Profesor *honoris causa* de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú, 25 de agosto de 1999.**

tradición de la enseñanza y la erudición es un deber sagrado que a su vez debemos legar a las generaciones futuras. Hoy por hoy, en esta época de edificios grandiosos y recintos universitarios enormes, nunca debemos olvidar que las universidades de antaño no derivaban su legitimidad o influencia de la suntuosidad de sus edificios. Su fuerza radicaba en la grandeza de las personas que trabajaban en ellas: los grandes maestros y eruditos, que aún en nuestro tiempo son piezas esenciales de toda gran empresa educativa, como lo es la Universidad de San Marcos.

Las universidades como instituciones surgieron del gran fermento que impulsó el resurgimiento de la enseñanza en el siglo XII y precedió al Renacimiento, más conocido, de los siglos XIV y XV. No me puedo imaginar ninguna erupción similar en un futuro próximo que lleve a reemplazar las universidades por otro tipo de instituciones.

He pasado la mayor parte de mi vida adulta en ambientes universitarios y, aunque todavía valoro y preconizo el mantenimiento de sus tradiciones, lo que ahora busco es estimular que el talento de las comunidades universitarias se encauce a la solución de los problemas en el ámbito de la salud con los cuales tengo que tratar en forma sistemática. Ahora puedo apreciar mejor las funciones básicas que las universidades desempeñan o debieran desempeñar en nuestras sociedades, y siempre trato de relacionarlas con la salud.

La función más importante es la generación de información para que los maestros y los eruditos puedan transformarla en conocimientos. La universidad no puede ser la única institución que se dedica a la investigación en esta época, porque los campos en los cuales se requiere nueva información son tantos y tan especializados que a menudo habrá otras instituciones dedicadas a áreas muy estrechas de la investigación. Pero una universidad que no se ocupa de explorar lo desconocido y enriquecer el caudal de información del cual otros pueden beneficiarse, no es digna de ese nombre. Todas las grandes universidades que conozco guardan con orgullo su misión de llevar a cabo investigaciones y publicar sus resultados, aunque estos puedan ir en contra de los dogmas aceptados; o tal vez deba decir: especialmente cuando van en contra de los dogmas aceptados.

Cada universidad debe considerar que su cometido es salvaguardar y transmitir los valores que siempre han distinguido a la comunidad académica. En todos sus actos debe reconocer —de hecho, reverenciar— la excelencia intelectual, la verdad, la honradez en la investigación y la tolerancia de la diversidad.

La función pedagógica de la universidad es quizás la que recibe la mayor atención, y todas las sociedades valoran estas instituciones porque inculcan en el joven no solo la información de hoy, sino también la capacidad para aprender a incorporar la nueva información de mañana. Esta responsabilidad de moldear las mentes jóvenes siempre se ha tomado muy seriamente y la influencia del profesor en el alumno es profunda y real. A Sócrates lo obligaron a beber la cicuta porque se le acusó de corromper la mente de los jóvenes mediante sus enseñanzas. Los estudiantes de medicina reverencian tanto a sus profesores, que en el juramento hipocrático se comprometen por Apolo, el médico, a compartir sus bienes con su profesor y, si lo necesitara, ayudarle con sus bienes.

La forma de transmitir la información ha cambiado con el transcurso de los años, de tal manera que la distancia y el tiempo cobran hoy un nuevo significado. En la actualidad, las fuentes de información son innumerables, pero tengo fe en que la universidad del futuro no dependerá exclusivamente de los bits y los bytes, sino que siempre incluirá la instrucción personal como una manera de inducir a los jóvenes a transformar en conocimientos la información que tienen a su alcance.

Nunca le he restado importancia a la universidad como institución que da legitimidad a la transición de una etapa de aprendizaje a otra. Los títulos que otorga son señales y símbolos importantes de los logros alcanzados por las personas, lo cual siempre le ha dado a la universidad una influencia especial en la sociedad.

La pregunta que todos debemos hacernos es: ¿de qué forma, tanto hoy como en el futuro previsible, cumplirá la universidad estas funciones de tal manera que, como institución, ayude a configurar y hacer el mundo del mañana, así como a corregir algunos de los males del mundo de hoy? Siempre es interesante especular sobre los problemas serios o los retos con que nos enfrentaremos en el futuro, y una de las mejores tentativas de prever la situación y los desafíos más probables ha sido el proyecto de la Universidad de las Naciones Unidas denominado “El estado del futuro”, en el que se abordan varios de estos temas.

El primero de los quince temas principales para el futuro es el logro del desarrollo sostenible, desde el punto de vista de la preservación del patrimonio ecológico. Otro tema es la necesidad de estimular la diversidad y los valores éticos compartidos. Se destacan las inquietudes por disminuir la tasa de crecimiento de la población como meta principal y se recalcan los beneficios económicos y sociales de los esfuerzos incesantes en esta dirección. Desde luego, la necesidad de mejorar la economía se destaca prominentemente, pero lo que reviste mayor interés hoy en día es el llamamiento a mejorar nuestras instituciones. Parte de la urgencia por lograr esa mejora se explica por la interconexión creciente y la necesidad apremiante de adaptarse a las nuevas formas de comunicar la información.

Pero tengo que relacionar esto con el campo que yo conozco —el de la salud— y tratar de visualizar cómo pueden las universidades contribuir a mejorar el estado de salud de nuestro continente. No hay ninguna duda de que en nuestra época se han producido mejoras notables en la salud de las poblaciones americanas, y las universidades han tenido mucho que ver en ello. Vemos las mejoras en todos los indicadores ordinarios del estado de salud a nivel de la población. Las tasas de mortalidad infantil están disminuyendo en todos los países y la esperanza de vida está aumentando en forma sostenida. Se ha erradicado la poliomielitis y América está en camino de erradicar el sarampión. En su totalidad, el continente americano está atravesando la transición demográfica y afrontando los cambios consiguientes en los perfiles de población. El número de personas de edad y la razón de dependencia están aumentando, lo cual significa que un número más reducido de jóvenes mantiene a un número mayor de ancianos. Las consecuencias para la salud de las personas mayores se manifiestan en la mayor prevalencia de enfermedades crónicas, que a menudo entrañan costos de atención más elevados.

Pero las enfermedades infecciosas aún nos acompañan: muchos países americanos padecen el dengue en forma epidémica; la tuberculosis es un grave problema; todavía se produce

un millón de casos de malaria cada año; y la epidemia de infección por el VIH/SIDA no da el menor indicio de remisión, pues desde que la epidemia empezó se han notificado más de un millón de casos en América. Muchos niños mueren todavía a causa de enfermedades infecciosas como la neumonía y la diarrea.

Si analizan lo que se está haciendo para alcanzar el progreso y una mejor salud, hay motivos para ser optimistas. Se han emprendido importantes iniciativas para reformar los sistemas de atención de salud de nuestros países que, procuran, sin excepción, introducir tecnologías de comprobada eficacia para reducir la carga de morbilidad. Los programas de vacunación de los países americanos son admirados por el resto del mundo; y es grato saber que nuestros países no solo están aplicando las vacunas más viejas, sino que están buscando introducir la nueva generación de agentes inmunizantes. Hay ejemplos en el área de la nutrición y protección de los alimentos que nos hacen confiar en que el progreso logrado hasta la fecha es un buen augurio para el futuro. Está superándose el flagelo de la carencia de yodo, que fue tan prevalente en esta parte del continente; el bocio y la deficiencia mental en los niños están desapareciendo de manera lenta pero segura. Nuestros países invierten una porción considerable de la riqueza nacional en la salud: aproximadamente 7,0 por ciento del producto interno bruto.

Hay muchos motivos para estar orgullosos; no obstante, muchos no estamos satisfechos y creemos que puede hacerse aun más. El mejoramiento que buscamos se basa en una apreciación de la importancia de la salud para el bienestar de un país y para su capacidad de participar en el mundo competitivo de hoy. También creemos que tiene que haber más equidad en la salud, habida cuenta de que el progreso en América Latina y el Caribe se produce en un entorno donde hay grandes inequidades. América tiene la reputación nada envidiable de albergar el mayor grado de desigualdad de ingresos en el mundo.

Es un asunto de justicia que haya más equidad en la salud, y la búsqueda de esta equidad implica comprender dos cosas. Primero, la equidad en los resultados de salud, o en la situación de salud, implica que hay diferencias entre grupos o individuos que no deberían existir y que son moralmente indefendibles. Pero no podemos concebir que ello se logre sin prestar atención a los factores que condicionan la presencia o ausencia de la salud. Estos factores son muchos, pero pueden resumirse o clasificarse en los que derivan de la biología, los que guardan relación con el comportamiento y los que encajan en el rubro general de condiciones de vida y de trabajo. Los servicios de salud también deben considerarse un factor determinante, especialmente si se tiene en cuenta que, en su conjunto, abarcan el espectro entero que va desde la promoción de la salud hasta la rehabilitación de las personas que han padecido problemas de salud.

Quiero referirme aquí a uno de los factores determinantes que, a mi juicio, tiene gran potencial para atraer a las eminencias del gremio universitario. Por muchos años se ha sabido que las condiciones sociales afectan a la salud. Activistas sociales como Virchow y Engels son famosos por haber señalado, entre otras cosas, la relación de la pobreza con la enfermedad y por haber demostrado que la pobreza conducía a condiciones de vida vinculadas con la mala salud. La pobreza sigue presente entre nosotros y, aunque publicaciones recientes de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) expresan optimismo, todavía queda mucho por hacer. En efecto, la CEPAL informa que las diversas reformas fiscales realizadas en los años noventa condujeron a que el porcentaje de hogares pobres disminuyera de 41 a 36%. En

los difíciles años ochenta, el número de personas pobres aumentó a unos 200 millones, pero se ha detenido este ascenso y esta cifra se ha mantenido estable. Aunque la tendencia hacia la urbanización de la pobreza parece haberse detenido, ello es poco consolador porque la pobreza como condición no debería concebirse solo en función de números, sino de mala salud, sufrimiento y marginación de personas que llevan nombres y apellidos.

No solo es la pobreza la que tiene repercusiones sobre la salud, sino también la distribución desigual de la riqueza material. En los países con los mayores diferenciales de ingresos, la salud general de la población es inferior y se ha comprobado que esto no se limita a la salud física, sino que se extiende a las enfermedades mentales. Aún se desconocen las vías por las cuales factores tales como la desigualdad de ingresos afectan a la salud, pero cabe considerar la posibilidad de que la percepción que tienen los individuos y los grupos de su relación con otros influya en su comportamiento y su capacidad para tomar las medidas necesarias para mejorar su salud. Medidas tales como el uso de métodos de planificación familiar, que es imprescindible para aminorar el crecimiento de la población, pueden verse afectadas por el estado psicológico que deriva de las diferencias socioeconómicas entre distintos grupos.

Las universidades tienen una larga tradición de estudios sobre la ley, los derechos y la ética, y nunca han estado ausentes del análisis y el debate de los principales temas sociales de su época. Me gustaría, por consiguiente, que nuestras universidades dedicasen algo de su tiempo a investigar estas cuestiones de la equidad en la salud y la equidad en los factores determinantes de esa salud. La desigualdad de los ingresos es solo un aspecto; hay también desigualdades de tratamiento, relacionadas con el grupo étnico, la geografía y el sexo, que deben desentrañarse para que podamos comprender mejor los fenómenos y efectuar cambios. Las universidades, en particular en nuestra parte del mundo, con frecuencia han entrado en conflicto con el Estado porque preconizan cambios radicales en el orden social. Tengo la esperanza de que, antes de que se lance un llamamiento a la acción radical, nuestras universidades cumplan la función igualmente importante de generar, mediante la investigación, la información que sienta las bases para los cambios propuestos. En los países del Norte abundan los estudios sobre la equidad en materia de salud y los factores determinantes de la salud. Nuestras universidades necesitan fortalecer su capacidad de investigación en torno a los factores sociales que repercuten en la salud.

Como es lógico, mi llamamiento a prestar atención a la salud se basa en mi formación y en el cargo que ocupo actualmente. Pero invito a los presentes a reflexionar sobre nuestro interés común en la salud, no solo en el nivel personal, sino también por la importancia que tiene la salud de la población en general para casi todo aquello que se relaciona con el bienestar y el progreso nacionales.

La atención especial que se concede a la enseñanza y la investigación no pugna con la necesidad de que la universidad participe en asuntos sociales y comunitarios y que preste servicio. En todas las universidades hay un grupo de expertos en una variedad de campos cuyos conocimientos pueden ser aprovechados para beneficiar a las comunidades cercanas. En el área de la salud, es posible que presten servicios de varias maneras: desde participar directamente en la atención de poblaciones definidas hasta participar en la formulación de políticas que influyen en la prestación de la asistencia sanitaria a nivel nacional.

A muchas de nuestras universidades se las ha acusado de adoptar políticas bastante conservadoras y de mostrarse renuentes a cambiar la manera en que funcionan para dar cabida a las nuevas realidades. Quienes rechazan ese argumento señalan que estas instituciones no pueden cambiar con cada moda pasajera, y que hacen falta la estabilidad y continuidad que proporcionan las universidades. En realidad, tiene que haber un equilibrio. La sociedad depende en gran medida de las universidades para adelantar los conocimientos audazmente; pero, al mismo tiempo, espera que las universidades sean los guardianes de las mejores tradiciones sociales.

En el caso de la salud, una de mis inquietudes es que el diálogo entre los ministerios de salud y las universidades de los países de América no es tan fluido como yo quisiera. En la mayoría de los casos, la autonomía universitaria se ejerce a tal grado que en áreas como la formación de recursos humanos se procede sin consultar estrechamente con organismos como los ministerios de salud, que son los principales empleadores de los profesionales que las universidades forman. Esto no debe ser.

Señor Rector, a pesar de estos reparos, no decae mi optimismo de que las universidades puedan desempeñar una función en el esfuerzo por lograr y mantener los niveles de salud que nuestros pueblos necesitan y merecen. La dilatada historia de esta casa de estudios es el legado de aquellos profesores y eruditos que deben haber configurado la institución de tal manera que siguiese satisfaciendo una necesidad social, y pocos dudarían que la salud es una de esas necesidades.

Espero que los valores de instituciones como la Organización Panamericana de la Salud —la equidad y el panamericanismo— encuentren eco en la doctrina y la práctica de ustedes.

Muchas gracias.

R:\speeche\1999\159s -99 23 September 1999
--